Estudios de Historia Novohispana, núm. 75 (julio-diciembre 2026): 6-11
e-ISSN: 2448-6922 | ISSN: 1870-9060

Solange Alberro, autora de un libro clásico

Solange Alberro, Author of a Classic Book

Fotografía de Carlos Mejía

Doctora en Historia por la Sorbonne, Solange Alberro (1938-2026) fue investigadora en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y, desde 1989, en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, donde dirigió la revista *Historia Mexicana*, entre 1992 y 2002.

A Solange no le gustaban las presentaciones largas y odiaba la enumeración "burocrática" de méritos. Para ella, lo que valía en la carrera de un historiador eran los libros, sobre todo cuando eran fruto de una investigación paciente y dedicada. Así concibió su propia obra, de la que se sentía orgullosa, aunque a veces dudara de su verdadera naturaleza: ¿historia, antropología, sociología histórica?

Como investigadora de El Colegio de México —la que sería su casa académica por el resto de su vida— concibió una serie de libros sólidos y

© 2026 UNAM. Esta obra es de acceso abierto y se distribuye bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es

polémicos: *El águila y la cruz*, *Del gachupín al criollo…*, *Movilidad social y sociedades indígenas en Nueva España, Apuntes para la historia de la orden hospitalaria de San Juan de Dios* y la segunda parte de *La sociedad novohispana*, que publicó con Pilar Gonzalbo, su amiga y vecina de cubículo. Pero, de antemano, tenía una poderosa carta de presentación con *Inquisición y sociedad en México, 1571-1700*, la versión más acabada de la que fuera su tesis de Estado por la Sorbonne. Esta investigación buscaba examinar la adaptación de la Inquisición al mundo americano y rastrear, hasta donde fuera posible, los rasgos de la sociedad que descubría en los expedientes inquisitoriales; una pesquisa en la que invirtió dos décadas de su vida y que, una vez publicada, se convirtió en un clásico de la historiografía mexicana. Las siguientes páginas están dedicadas, precisamente, a recordar la importancia de este libro singular.

Los ritmos académicos eran otros cuando aquella joven universitaria, procedente de Francia, se estableció en México en 1960. Tras varios años de trabajar como profesora de historia y cultura francesa en el Institut Français d'Amerique Latine (IFAL), comenzó por fin a dar forma a su tesis doctoral de Estado, apoyada en el fondo *Inquisición* del Archivo General de la Nación (AGN). Como ella misma narró en varias ocasiones, inició su investigación en solitario mucho antes de convencerse de su vocación profesional; esto explica los 18 años, con varias interrupciones, que dedicó a su elaboración.

Conviene leer la entrevista publicada en el *Boletín* del Instituto de Investigaciones Históricas en 1999 para comprender la maduración de su investigación y el papel que jugaron sus colegas historiadores —tanto franceses como mexicanos— para convencerla de que debía dar los pasos siguientes. Ya con los primeros frutos de su trabajo, Solange se incorporó al Departamento de Estudios Históricos del INAH en 1979, lo que facilitó el desarrollo final de su investigación.

En un "cuaderno de trabajo" titulado *La actividad del Santo Oficio de la Inquisición en Nueva España* y publicado por el propio INAH, presentó los primeros resultados. Consistía en un análisis estadístico de causas y registros documentales junto con una tipología de delitos, datos sobre los denunciados y lugares de incidencia presentados en una serie de cuadros. Con ello, Solange se proponía documentar "las tendencias de la actividad inquisitorial". Si bien su trabajo se inscribía en los estudios institucionales inaugurados por Gustav Henningsen y Jaime Contreras, su análisis se sustentaba en una base documental más rica y diversa.

Al sistematizar el contenido de más de 600 volúmenes correspondientes al periodo 1571-1700, con el único auxilio de los confusos índices descriptivos que entonces existían del fondo, demostró que los expedientes completos, registrados o conservados en México, superaban con creces a los contabilizados a partir de las "relaciones de causa" enviadas a España por el tribunal novohispano. Además, descubrió un laberinto de "trámites", como llamó a todos los expedientes relacionados con indagatorias de fe. En esa riqueza del fondo inquisitorial mexicano, que sobrevivió a guerras, intentos de destrucción y saqueos, residía la posibilidad de rastrear los comportamientos, las creencias y las inquietudes de la sociedad.

Desde la perspectiva institucional, llamó la atención sobre la peculiar condición jurídica del tribunal de México. Éste, aunque compartía rasgos con sus equivalentes peninsulares, gozaba de una mayor autonomía respecto del centro rector en Madrid, lo que facilitaba la toma de decisiones y una paulatina adaptación a los intereses de la política local. La autora nunca ocultó su desagrado por la institución, a la que siempre consideró un adalid de la censura y la intolerancia religiosa, pero evitó reproducir los tópicos comunes de la Leyenda Negra. Consciente de que esta última tenía un sustrato de verdad, se limitó a matizar sus exageraciones para proponer, en su lugar, una dimensión humana del quehacer institucional, sin que ello implicara un intento de reivindicación.

Por el contrario, develó la indolencia, la codicia, la venalidad y las infracciones sexuales de varios inquisidores; mostró la crueldad de unos y la indiferencia de otros, rayana en apatía. Teniendo presente el trabajo de Julio Caro Baroja, desplegó un abanico de perfiles de los funcionarios inquisitoriales (comisarios y calificadores entre ellos) y dio pistas para su estudio. Sin soslayar la práctica de la tortura cuando existía, prestó atención a otros medios nefastos para arrancar información a los reos, como introducir espías en las cárceles o propiciar las conversaciones entre los presos para conocer sus secretos. Asimismo, mostró tanto la ambición política del tribunal y su pragmatismo en momentos de urgencia económica, como los desafíos que suponía actuar con eficacia sobre un territorio inmenso.

La historia institucional que propuso Alberro significó un poderoso aliento para la renovación historiográfica sobre la Inquisición: nuevos problemas y preguntas que alentaban la consulta del archivo para ampliar o debatir las intuiciones o respuestas provisionales que había deslizado. Baste pensar, por ejemplo, en las páginas que dedicó a Zacatecas. Fue una llamada de atención para indagar los ritmos de la actividad inquisitorial en

regiones específicas, pues observó que éstos diferían significativamente de los del centro, y para valorar el papel de los comisarios —muchos de ellos curas o eclesiásticos con otras responsabilidades de autoridad—. Innumerables son los trabajos que han seguido esas pistas y contribuido a prolongar el fructífero camino trazado por ella.

Quizá para Solange el mayor reto fue descifrar una sociedad que se mostraba parcialmente en la documentación inquisitorial. En vez de centrarse exclusivamente en las víctimas del tribunal, extendió su mirada hacia los sospechosos que no fueron capturados y hacia una variedad de denunciantes y testigos: hombres y mujeres que, por convicción, interés o temor, hicieron las veces de intermediarios entre la Inquisición y la sociedad. Sin embargo, resultaba imposible abarcarlo todo, pues los rasgos sociales emergían de los documentos —a través de denuncias, justificaciones e incluso de testimonios falsos para eludir responsabilidades—, pero nunca se presentaban de manera organizada o sistemática. Consciente de que esa compleja realidad no correspondía a la rigidez de un modelo explicativo, Solange optó por desarrollar una técnica impresionista, por así llamarla. Si en un capítulo de su libro ofrecía una serie de reflexiones agudas sobre las relaciones familiares de las personas juzgadas en 1640, en otro esbozaba una cronología detallada para exponer el drama anómalo de una persecución inquisitorial. Con ejemplos bien elegidos, mostró que las causas contra esclavos podían decir mucho sobre los abusos de sus amos; así como los casos de judaísmo permitían conocer las prácticas cotidianas de la comunidad portuguesa establecida en Nueva España durante la unión de las Coronas. Las mujeres aparecen en su libro como practicantes de magia con conocimientos medicinales, investigadas y ocasionalmente procesadas a instancia de comisarios celosos; pero también como denunciantes frecuentes y colaboradoras, por tanto, del sistema.

Dado que el objetivo de Solange de abarcar a la sociedad novohispana en su conjunto, tropezó inevitablemente con el sesgo jurisdiccional que impedía a la Inquisición actuar sobre la población indígena: ¿tendría que limitarse a estudiar españoles, extranjeros, negros, mestizos y mulatos? Solange se resistió a ello: encontró la presencia indígena en las prácticas mágicas, en las mancebas de los inquisidores, en el papel de algunos testigos. El ejemplo más logrado es su espléndido retrato de los habitantes de Tepeaca. Las falsas acusaciones contra el alguacil mayor —un portugués— le permitieron desentrañar el juego de fuerzas: las facciones políticas, los abusos de los intermediarios del poder, la complicidad de los

señores indígenas, la manipulación de los actos de justicia... En ese breve apartado de su libro, los indios —señores o macehuales— adquieren un peso fundamental.

Su estilo, más ensayístico que historiográfico, explica el éxito de su obra. Con frases breves e historias bien narradas que evidencian su gusto por la literatura, apuntala su argumento con ingenio y humor. Una acertada selección de casos para sostener sus ideas, pero también para motivar la reflexión sobre el presente, siempre insinuada, y provocar la reacción de sus interlocutores. Desde su aparición en 1988, *Inquisición y sociedad en México 1571-1700* no sólo acrecentó el interés por la documentación inquisitorial, sino que estimuló nuevas líneas de investigación, aunque éstas no siempre estuvieron provistas de la mirada social que ella buscaba. Solange achacó tal carencia a los nuevos ritmos del trabajo académico, así como a la tendencia imperante de reducir las investigaciones a casos muy específicos.

No era muy cercana a la microhistoria italiana; prefería la historia de las mentalidades y a autores como De Certeau y Delumeau, que vinculaban las pequeñas historias con fenómenos de carácter universal. Le preocupaba también que los jóvenes investigadores vieran en la Inquisición una fuente inagotable de historias curiosas, que rescataban sin tener claridad sobre lo que buscaban en ellas. Atribuía ese fenómeno a la mecanización del oficio y a las nuevas exigencias académicas que, en su opinión, favorecían la atomización del conocimiento y despojaban a los investigadores de la experiencia de trabajar largos y gozosos años con un corpus documental extenso. De ahí que, poco a poco, se fuera alejando de esos temas y aprovechara las escasas conferencias que impartía para externar sus preocupaciones más profundas; entre ellas, que se le identificara únicamente como una especialista en la Inquisición, ya que la institución nunca le interesó por sí misma. Su apuesta postrera fue el estudio de fenómenos sociales que fueran susceptibles de analizarse con otras fuentes, como el de la aculturación en el siglo XVI.

En sus cursos e investigaciones, Solange Alberro desplegaba su fascinación por las zonas de frontera y todo tipo de espacios marginales, donde las vivencias cotidianas ponían en entredicho las explicaciones prestablecidas. Rechazaba la noción de razas humanas, exponía las distintas formas de discriminación y manifestaba una fascinación por los sujetos marginados: herejes, desplazados, desposeídos, bandidos, prostitutas, mendigos y otros potenciales enemigos del sistema. Le gustaba hablar de los

resabios del paganismo en el cristianismo, de la supervivencia de elementos culturales que podían atribuirse al Paleolítico y de las contradicciones o desfases históricos. Todo eso tenía que ver con su interés por el peso de la cultura indígena en México y por los intercambios culturales en la época de las conquistas.

A caballo entre la historia de las mentalidades y una historia cultural que, en su caso, se inspiraba en la obra de Norbert Elias, Alberro dedicó varios trabajos a la aculturación en un sentido inverso al más conocido; es decir, a la asimilación de elementos indígenas por parte de los conquistadores y sus descendientes inmediatos. Sentía que podía hacerlo desde una mirada desapasionada, ajena a los modelos nacionalistas, y motivada por una sincera curiosidad. En varias ocasiones recordó lo importante que había sido para su formación el haber vivido varios meses en una comunidad otomí, casi monolingüe, cuando era estudiante. Por ello se identificaba también con el curioso Mathieu de Fossey, cuyas memorias tradujo en fechas recientes.

Con la reciente partida de Solange Alberro, el estudio del pasado novohispano pierde a una de sus observadoras más inteligentes y sensibles. Otros historiadores podrán ofrecer una reseña más completa de su amplio legado. Aquí sólo he querido recordar, con unas cuantas notas, su libro más leído, traducido y citado, acaso el más polémico y, sin lugar a dudas, el más vital. No es exagerado decir, incluso imaginando el reproche de su autora, que *Inquisición y sociedad en México 1571-1700* es desde hace años un libro imprescindible: un clásico de la historiografía mexicana y de los estudios inquisitoriales a nivel mundial.

Gabriel Torres Puga
El Colegio de México